

843
G



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Pa 2235
• D6
C35

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. E.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CANTO DE BODAS.

1

El cielo palidece, las estrellas,
Ante el día declinan su fulgor,
Y al despertar, los pájaros cantando
Saludan á mi amor.

Albina abrió sus grandes ojos azules, risueños habitualmente como los de una niña, pero á la sazón algo sombríos por el vago estupor que le produjo aquel extraño despertar, en que ni reconocía la espaciosa habitación donde se encontraba medio á obscuras todavía, ni tampoco se daba cuenta de su persona.

La voz continuó su canto, y á los oídos de la joven llegaban con las palabras de aquel, los arpegios maravillosamente arrancados á un piano por los hábiles dedos de un consumado artista.

Noche de Junio pura y trasparente,
En que feliz logré mi amor ansiado,
¡Para siempre te oculta, á pesar mio,
El seno del pasado!

Calló la voz. Albina dirigió una mirada en torno suyo,

y avergonzada por haberse retrasado y temerosa de que la sorprendiesen todavía acostada, saltó precipitadamente sobre la alfombra, se vistió un finísimo peinador de blanca seda, adornado de encajes, y haciendo un precioso gesto lleno de mudas delicadezas, cubrió las almohadas con la colcha del desaliñado lecho nupcial, dándole así cierta apariencia de orden; después, recogiendo varios objetos de tocador que estaban esparcidos por la habitación, los hizo desaparecer prontamente y sin ruido, como si temiese ver entrar á alguien.

Sobre una butaca, graciosamente desplegado, veíase el vestido de raso blanco adornado de flores de azahar, sin una arruga, revelando en su limpieza la gracia y la elegancia nativas en quien lo había llevado. Cuando Albina dirigió hacia aquellos pliegues de seda una tierna mirada, el cantor prosiguió su canto en el aposento inmediato; su hermosa voz de barítono apasionada y sonora, vibraba bajo el elevado techo del primer piso, construido á la usanza de siglo XVIII.

Albina, embargada por un tranquilo éxtasis mezclado del delicioso sentimiento del triunfo, permanecía en pié, con los brazos abandonados á lo largo de su esbelto cuerpo.

¡Ella lo había querido, sí! Ella lo había querido y lo consiguió, aunque no sin trabajo.

La víspera, Albina Frédel, hija de Carlos Frédel, de la casa Frédel y Gomard, se había unido en matrimonio á Félix Armor, compositor de música, premiado en Roma, laureado en tres certámenes y autor de una obra notable que estaba próxima á ser representada en el teatro de la Opera Cómica.

Las melodías del joven músico habían cautivado el corazón de la joven cuando ésta aún no le conocía; mas desde que se trataron, él fué quien la amaba.

Félix Armor había estado enamorado de otras muchas mujeres sin haber pensado en casarse; pero ésta no era

una mujer, sino una deliciosa virgen de finísimos y rubios cabellos, cuyos infantiles ojos embellecían extraordinariamente su rostro, animada por una sonrisa de distinguida parisiense...

Nunca encontró otra que se le pareciese, y la amó con locura. Por eso se unió á ella, á pesar de la familia Frédel, que hubiera deseado un artista, en verdad, pero un artista más reposado, mejor establecido, acaso no tan joven, un pintor, por ejemplo. La boda tuvo lugar en una época en que los pintores hacían inverosímiles fortunas con pasmosa rapidez.

El éxito coronó las relaciones de Albina y Félix, gracias á la perseverancia de su amor; y así fué cómo la víspera por la tarde pudo llevársela al piso bajo de la casa que tenía en la isla de San Luis, y que era la admiración de todos sus amigos. Albina estaba, pues, en su casa; el rayo de sol matinal que se filtraba á través de las persianas, alumbraba su primer día de casada, y el cantor cuya voz la estremecía, era su marido.

Abrió suavemente las contraventanas de su alcoba y contempló el pequeño jardín tan bien arreglado, que merecía el nombre de parque, rodeado como estaba de altas casas revestidas de hiedra y abierto al horizonte por el extremo de la isla, donde los árboles del muelle parecían ser continuación del mismo.

Sobre la terraza terminaba el jardín por un encañado guarnecido de una glicina sembrada de increíble profusión de florecillas color lila pálido; una corpulenta acacia blanca sacudía dulcemente multitud de flores embalsamadas que caían en copiosa lluvia sobre dos ó tres canastillas de rosas abiertas, y en el fondo un estrecho confidente de junco parecía esperar la llegada de alguna enamorada pareja dispuesta á soñar. Albina, con una mirada, prometió al confidente frecuentes visitas. Este apartado rincón de paisaje parisién, que ya era un lujo por sí mismo, agradaba especialmente á su naturaleza de muchacha educada en la clase

me enriquecida de pronto, donde todo aspiraba al arte, pero sin poder prescindir por completo de lo que es caro, sólido y bien construido.

Apartose por fin de la ventana, dudando si ir á vestirse para presentarse ante su marido en traje de ama de casa, ó si, por el contrario, haría mejor en ir á saludarle tal como estaba. A la verdad, él era quien debía venir... ¿Estaba tan ocupado que no le había oído abrir las ventanas? ¿Es que su marido podía ocuparse tan de mañana al día siguiente de la boda, en algo que no fuera su mujer?

Los dedos de Félix arrancaron al piano nuevos acordes y prosiguió de repente su canto. Esta vez Albina escuchó con toda la atención de su alma, apoyando el oído contra la puerta, en tanto que su corazón latía á impulsos de los celos que aquella música, su rival, casi le inspiraba.

La voz del cantor se dejaba oír impregnada de inefable dulzura.

Por fin es mía; ya para siempre
Vec logrado mi amor profundo...

¡Hoy vida mía, me considero
Dueño del mundo!

Mientras tú duermes, yo triste y solo
Voy entonando cantos de amor...

¡Quizá en tus sueños, bien de vi mida,
Sienta esos cantos tu corazón!

Despierta y mira mi soledad,
Abre tus ojos, alma de mi alma,
Sol de mis días... ¡vuelve á brillar!

En el momento que la última nota resonaba bajo los artesonados techos, la puerta se abrió, dando paso á Albina, que apareció con los ojos llenos de lágrimas de alegría, y en una actitud tan fascinadora como producto del raro maridaje en que el pudor de la niña se confunde con el ardiente amor de la mujer.

¿Es para mí? ¿Has hecho eso por mí? balbuceó la joven.

Su marido la estrechó en sus brazos, mirándose en aquellos puros ojos: donde las lágrimas temblaban cual gotas de celestial rocío; los rubios cabellos jugueteaban sobre el blanco peinador mezclados á los encajes y á las cintas, creando una armonía indecible; y Félix apuraba aquel manantial de copiosísima voluptuosidad, embriagándose á satisfacción con los goces ideales y materiales que sobre él á raudales derramaba este nuevo amor tan magníficamente revelado.

— ¡Si, amor mío, sí, esposa mía, para tí lo he compuesto! ¡Es tu canto de bodas!

— ¿También las palabras?—preguntó Albina deslumbrada.

— También las palabras. Dormías tan profundamente esta mañana, estabas tan hermosa, tan adorable... ¡Oh, querida mía!

— ¡Vuelve á empezar!—dijo Albina conduciéndole hacia el piano.

Félix obedeció, y ella estuvo escuchando hasta el fin con silencio tan religioso como si asistiera al cumplimiento de un misterio sagrado.

Y éralo, en efecto: el misterio de la composición, ese algo divino é inexplicable al que todos estamos acostumbrados, pero que no es en sí menos que un milagro: la manera real y comprensible que el genio latente tiene de manifestarse al exterior. Concluido el canto, ella apoyó con timidez su mano sobre el brazo de Félix.

— ¿Entonces es para mí eso? ¿completamente para mí sola?

— En efecto—repuso él recreándose en la seriedad de la joven y en su oculta emoción.

— ¿Y lo escribirás?

— Cuando quieras...

— ¿Y me lo darás?

— ¡Cómo que es para tí!

En la intensidad de su alegría la joven apretó con fruición sus manos.

—¡Oh, qué feliz soy!—exclamó con voz solemne, entrecortada por un sollozo. Félix, jamás olvidaré esta hora, ¡Es la más hermosa de mi vida!

—¿La más hermosa?—repuso él gozándose al ver cómo se habría en su presencia aquella alma cual tierno capullo.

—Si, ayer sólo me has dado tu nombre; hoy me has dado tu genio.

La palabra genio es muy difícil de llevar, pero muy dulce de oír, y Félix la saboreó con tanto más deleite, cuanto la boca que la había pronunciado era la más querida para él. Tomó papel de música y se puso á escribir en seguida.

Albina le observaba con una curiosidad mezclada de cierta inquietud, lo mismo que si asistiese á una obra misteriosa.

Cien veces habia copiado música sin que los signos le pareciesen cabalísticos; pero presenciar el nacimiento de la melodía, verla por vez primera fijarse en el papel bajo una forma apreciable para los demás, era un no se qué completamente nuevo y algo misterioso para ella.

Mientras examinaba aquellos ágiles dedos que escribían con rapidez difícil de seguir, no dejaba de mirar al compositor; y es que Félix estaba verdaderamente hermoso: su bien delineada cabellera de color bermejo perfectamente ensortijada, su barba cortada en punta, sus ojos de brillante y profunda mirada y su sonrisa que descubría unos dientes blancos como el ampo de la nieve, imprimían á su fisonomía algo de sensual. Pero cuando los ojos se inflamaban bajo el imperio de una emoción elevada, Félix vibraba de pies á cabeza como la cuerda de un instrumento al ser distendida, y aun la misma sonrisa se idealizaba en él.

Albina ponía sus ojos ya en el papel, ya en la cabeza dorada de su esposo con un deseo loco de abrazarla, porque aquellos cabellos la atraían como un imán; de buena gana lo hubiera hecho, mas no se atrevía... y, á su pesar, inclinaba el rostro hacia el músico.

«No lo intentaré jamás,» se decía así misma. Otro sentimiento más profundo y más puro que la timidez la hizo ergirse, dejando escapar un tenue suspiro. «¿Qué pensará de mí? Una mujer, por mucho que ame á su marido, no debe...»

Félix se volvió rápidamente: habia sentido también á su vez la atracción de aquel rostro tan próximo al suyo, y Albina recibió en el cuello el beso que habia deseado dar. Temblorosa, casi despavorida, huyó diciendo: Voy á vestirme. Félix vaciló un punto; ¿debía alcanzarla ó proseguir la inspiración, completando así el acompañamiento todavía rudimentario?

Su resolución fué pronta. Arrojando la pluma corrió á la habitación donde Albina acababa de entrar, pero sólo halló una joven ama de casa, seria, ocupada en dar órdenes para el almuerzo, que debfa ser excelente. Un poco contrariado volvió á su despacho y prosiguió la obra comenzada, la armonía del *Canto de Bodas*.

II

Mientras disponía las flores que debían colocarse junto á cada plato, Albina inspeccionaba el servicio del almuerzo dispuesto para cuatro personas en el comedor.

El agua brillaba al través del cristal de las botellas, proyectando pequeños arco iris sobre el límpido mantel, la vajilla de plata sin estrenar, marcada con sus iniciales, despedía fulgores semejantes á los de las piedras preciosas; la loza con sus variados cambiantes de colores, producía efecto magnífico en aquella espaciosa habitación, alumbrada entonces por un espléndido reflejo del sol.

¡Qué hermoso hubiera sido almorzar allí los dos solos por vez primera, aspirando el perfume de aquellas frutas, diestramente colocadas sobre las canastillas de Sajonia, lindísimos regalos de una anciana tía! Albina había acariaciado durante tres semanas la idea de este almuerzo á solas; en esto fijaba su pensamiento, á la sazón que se le representaba el día de la boda confuso y agitado, al modo de una función de teatro en que debía, desempeñar un difícil papel del que ignoraba hasta la primera palabra; pero al día siguiente, ¡qué reposo, qué alegría!

Ella podría saborear su dicha frente á Félix que la dirigía una burlona sonrisa. . . Gustaba de su chanza inofensiva como de cuanto emanaba de él, y cuando bromeaba le parecía más sabio, más fuerte, más grande. . .

en una palabra, lo que debe ser un marido, siempre superior á su mujer en todo.

Había sufrido un cruel desencanto teniendo que renunciar á su ensueño. Los esposos Fredel manifestaron su propósito de almorzar con sus hijos al día siguiente de la boda. Esto era la cosa más natural del mundo. Ya que los novios habían renunciado á ausentarse el día de su enlace, ¿no era lógico que la primera comida de familia se verificase en su casa?

Albina no había encontrado nada que objetar, y Félix tampoco; nada más enojoso para un yerno que verse obligado á negar lo primero que se le pide; el almuerzo, pues se había dispuesto para cuatro, y Albina, elegantemente vestida, esperaba el campanillazo que debía indicar la llegada de sus padres.

Cuando el primer toque del *Angelus* resonó en el campanario de la iglesia de San Luis, sonó el timbre en el recibimiento, el criado abrió la puerta, y los padres de Albina entraron un poco molestados en la casa de su hija, que ya no era solamente hija suya sino también mujer de otro.

El señor Frédel estrechó ceremoniosamente la mano de su yerno, y depositó un beso en la frente de Albina; la señora de Frédel, ocultando su emoción bajo un aspecto grave, abrazó á «sus dos hijos,» y pasó á otra habitación para quitarse el sombrero.

El buen orden en que lo halló todo la impresionó favorablemente, pues temía ver reinar en aquella casa el espíritu desordenado que entre ciertas gentes se atribuye á los artistas.

—Tu doncella es cuidadosa—dijo lanzando una mirada investigadora.—Y bien, hija mía, ¿estás contenta de haberse casado?

—Soy muy dichosa, mamá—respondió Albina con idéntica calma.

Desde su infancia había aprehendido á reprimirse, ocultando sus impresiones bajo un aspecto de indiferencia. Pa-

ra la señora Frédel, educada en el seno del pueblo, donde las menores dificultades de la vida levantan griterías y réplicas sin cuento, esta frialdad era el *nec plus ultra* de la buena educación.

—El vestido te hace una arruga en la espalda, dijo la madre—hay que hacérselo ver á la modista.

Dirigió una rápida mirada en torno suyo, y como viese que la doncella había desaparecido, abrazó ávidamente á su hija, esta vez sin temor de ajarle el vestido.

—¿Has pensado siquiera un poco en mí?—preguntó por lo bajo mientras recibía las caricias de Albina.—¡Si supieras cuánto he llorado ayer tarde en tu antiguo cuarto cuando volvimos á casa!

—¡Pobre mamá mía!—exclamó la joven conmovida.—¡Cuánto diera por no verte apenada!... ¡Eso aminorará mi dicha, si eres razonable! Iré á visitarte á menudo, muy á menudo....

¡Oh! bien sé que hay que resignarse—dijo la señora—Frédel recobrando su sangre fría;—todos los padres pasan por ella; nosotros haremos como los demás. Pero sé galante con tu padre, el pobre tiene seguramente más tristeza que yo.

—La señora está servida—vino á decir la doncella.

Albina y su madre entraron en el salón donde los dos hombres estaban bastante turbados hablando de política á tontas y locas, pues la política les tenía en realidad sin cuidado, Pero cuando hace buen tiempo, y no hay por qué quejarse del barómetro, ¿de qué se puede hablar, si no se sabe qué decir?

—Papá—dijo graciosamente Albina—vas á ponerte á mi lado; abrázame, papá; hace poco me has abrazado como ayer en la iglesia, y eso no vale.

Su zalamería deshizo el hielo de aquella comida que de otra suerte hubiera sido intolerable. Félix la veía obrar con esa mezcla de curiosidad y amor, que era el verdadero secreto de su matrimonio. La adoraba, pero no por sus pren-

das morales, sino á causa de la delicadeza y lozanía de su cuerpo, así como también porque jamás había podido imaginarse de antemano lo que podría ser en esta nueva situación.

Todas las mujeres con quienes había mantenido relaciones le habían parecido más ó menos semejantes en sus manifestaciones de ternura, y sabía siempre desde luego lo que le dirían en tal ó cual circunstancia determinada de su vida común. Con Albina todo era imprevisto y por lo tanto delicioso. Demasiado joven aun para apreciar todo el encanto de aquella frescura, pues solo tenía veintisiete años, estaba ya bastante gastado para encontrar en ella un sabor particularmente excitante. Félix Armor era un joven desordenado. Nacido de la unión de dos honrados provincianos, había sacado desde la cuna ese no sé qué que hace al hombre ó á la mujer rebeldes á todo dominio y celosos de su libertad.

El padre de Félix había obtenido cierta posición ejerciendo la medicina en una ciudad de provincia; la dichosa casualidad de un trazado de ferrocarril le había dado la suerte al construirse una estación sobre terreno de su propiedad. El pobre hombre había muerto de sorpresa y de gozo, ó más bien, del repentino abandono de sus ocupaciones habituales, según acontece á menudo cuando la ociosidad sucede á una vida laboriosa. Su esposa no tardó en seguirle, y Félix, heredero de tantos bienes inesperados, había sido educado por unos y por otros, principalmente al lado de un tío solterón, amante apasionado de la música.

Félix Armor tenía, pues, que resentirse de la falta de dirección en su primera edad.

Sin su ambición no hubiera sido más que uno de tantos vagabundos; pero el deseo de ser igual, ya que no superior á los más fuertes, le mantuvo á la cabeza de sus clases. Más tarde supo combinar sus estudios con el amor de sus placeres, que era el otro aspecto de su naturaleza; tan pronto

con un exceso de trabajo, como un exceso de todo llegó á crearse una reputación.

Había nacido músico; su feliz organización avaloró sus trabajos al añadir á su ciencia la originalidad, sin la cual en arte no es nada; sus encantos personales le granjeaban la estima de sus compañeros y la indulgencia de sus maestros. Todo le salía á maravilla, hasta lo que para otros hubiera sido una ruina; así que se hizo célebre cuando la mayor parte comienzan á procurar serlo.

Sus suegros, sentados á la mesa, le miraban con cierta extrañeza, pues parecía estar muy á gusto entre el lujo que su hija le había llevado. La fortuna del anciano doctor había recibido rudos golpes en las manos de un joven ambicioso de gloria y de placer, y las rentas contra el Estado, que constituían la dote de Albina, no estaban demás en aquella casa. La ropa blanca, la vajilla de maciza plata, la delicada cristalería, los muebles de valor, todo ello procedía de la casa Frédel, y era el resultado de veinticinco años de concienzudo y perseverante trabajo: el joven parecía no dudarle; pero allí donde el señor Frédel, contemplaba con cierto respeto los objetos pagados de su bolsillo, Félix Armor no ponía cuidado alguno.

Esta ligera nube se disipó sin embargo; pues cuando Armor se proponía agradar, agradaba, á pesar de toda prevención. Por lo demás, sus padres políticos sólo deseaban estar satisfechos y orgullosos de él no obstante cierta envidia natural contra el hombre que les había arrebatado su única hija. El almuerzo terminó, según era de esperar, muy alegremente.

Al ir á tomar el café en el jardín, la señora de Frédel, vió los papeles de música, recién escritos, esparcidos sobre el piano.

—¿Compuesto por tí?—dijo sonriendo con orgullo, mientras recorría con la mirada la hoja de papel cubierta de signos que para ella eran el más perfecto laberinto.—¿Es nuevo?—añadió.

—De esta mañana—respondió Armor mirando á su mujer.

—¿De esta mañana? *Canto de Bodas*... ¡Oh! cántanoslo! Félix fué á dirigirse hacia el piano, pero Albina se opuso diciéndole:

—¡No, te lo suplico!

—¿Por qué?—respondió á media voz, mirándola como á un niño caprichoso.

—No sé... no quisiera oírtelo cantar... en presencia de nadie... Al menos, no ahora. Una sonrisa de triunfo animó el rostro de Armor.

—Perdone usted, querida mamá—dijo graciosamente á la Sra. Frédel, que había observado esta breve escena con cierta inquietud;—Albina entiende que mi obra no es aún digna de ser presentada ante usted.

—¡Yo no he dicho eso!—exclamó la joven ruborizándose.

—Eso ú otra cosa, ¿qué más da?—dijo Armor con alguna impaciencia.—Después cantaré á usted todo lo que quiera, ahora vamos á tomar café.

No se habló más de música. la Sra. Frédel comprendió, aunque tarde, el delicado escrúpulo de su hija, y no pudo menos de aprobarlo en el fondo de su corazón. Al marcharse le dijo poniéndose el sombrero:

—Has emprendido buen camino, hija mía, sé reservada con tu marido, que por eso no ha de amarte menos, y sobre todo, guárdalo para tí sola.

Albina miró á su madre con asombro. ¿Para ella sola? Pero, en resumidas cuentas, ¿valían la pena de recomendarle eso?

—¿Queréis dar un paseo por el Bosque y comer luego con nosotros?—dijo tímidamente el señor Frédel con quien se había reunido en la antesala.

—¿Hoy? ¡Padre mío, no lo habéis pensado bien!—respondió Félix riendo.—¡Albina y yo no hemos tenido tiempo de cambiar de palabras desde esta mañana! ¡Iremos á ce-

nar al gabinete, á solas, como dos enamorados. . . . que somos!

El señor Frédel sonrió, estrechó la mano de su yerno, abrazó á su hija y salió; el coche le esperaba á la puerta.

Cuando se hubo sentado junto á su mujer, después de ordenar al cocheró que les condujese al Bosque, lanzó un profundo suspiro.

—¿Ves, María? no nos hagamos ilusiones, ya no tenemos hija.

En aquel instante pasaban bajo la terraza del jardín de Albinar

—¡Papá! gritó por encima de sus cabezas la joven— mamá, hasta la vista!

Su lindo rostro se destacaba entre las glicinas apacibles y sonrientes.

Los padres respondieron al saludo, luego el carruaje dió vuelta al muelle, y la radiante aparición se desvaneció como por encanto.

—Ya ves—dijo la Sra. Frédel—cómo es siempre nuestra hija. Es un trance difícil, amigo mío, pero ya verás cómo nos acostumbremos.

Sin embargo, devoraba las lágrimas bajo el velo de su sombrero, mientras su esposo examinaba atentamente las del otro lado del Sena, cual si tuviera el encargo de inspeccionar sus fachadas. Después dirigió á su marido una mirada furtiva, y viendo que continuaba con la cabeza vuelta, le tomó rápidamente la mano que tenía apoyada sobre la rodilla.

¡Esposa mía!—dijo por lo bajo sin cambiar de postura. De repente sacó el pañuelo del bolsillo, se enjugo los ojos preñados de lágrimas y volviéndose hacia ella:

—¡Qué necios somos!—dijo en medio de una carcajada, una carcajada de aquellas de cuando era obrero y joven.

III

—¿Por qué no me has dejado entonar el *Canto de Bodas* delante de tus padres?—preguntó Félix á su mujer.

Estaban ambos sentados en el estrecho confidente, bajo la acacia donde Albina se había prometido pasar tan buenos ratos.

—No lo sé—respondió ella sonrojándose—me parece que es mio. . . . y en fin. . . . no tendría el mismo gusto en oírlo si otros lo conociesen. . . .

—¡Ansiosa!—dijo Armor riendo.—¿Entonces lo quieres para ti sola, exclusivamente para ti sola?

Albina hizo un enérgico gesto afirmativo.

—¿Y si es una bella composición? . . .

—¡Es una obra maestra!—interrumpió ella con un acento de convicción profunda.

—¿Impedirás al público que goce de sus bellezas?

—¡Ciertamente!

—¿Sin pesares?

—¡Ni remordimientos! Hay cosas tan bellas que las guarda uno en secreto para sí, hay cosas que se dicen á una persona y á nadie se repite. . . . ese canto es una de ellas.

—¿Y jamás consentirás que alguien tenga conocimiento de ella?—continuó Félix.

Experimentaba un placer exquisito viendo el pasajero rubor teñir de carmín, á cada palabra, el cutis finísimo y aterciopelado de la joven.

—¿Jamás...? ¡Oh, sí!

¿Y cuándo?

—¡Cuando hayamos muerto!--dijo con solemnidad Albina, cuyo precioso rostro se animó extraordinariamente bajo el pensamiento de la prosperidad.

Félix se echó á reír.

—¡Cuando hayamos muerto! ¡Donosa idea!--dijo con aquel tono jocoso que ella amaba tanto.—¿De qué nos serviría entonces?

—Se lo legaremos en testamento á...

+¿Nuestros hijos?—interrumpió Armor completando el pensamiento.

—¡A nuestros hijos!--repitió valerosamente Albina;—ellos lo publicarán y el mundo entero dirá entonces: «¡lo ha hecho para su mujer, ved cuánto la amaba!»

—¡Una vez muertos, no comprendo el placer que todo eso pueda causarnos!--dijo filosóficamente el joven artista.

—¡Oh, sí! el placer de haber sabido durante nuestra vida...

—¿El placer que nos proporcionaría después de muertos?—exclamó Félix.—¡Ah, querida mía! seamos dichosos en vida, que es lo más cierto; ¿quieres? ¿Con que no he de cantar á nadie tu *Canto de Bodas*?

—¡No!

—¿Ni lo he de imprimir?

—¡Mucho menos!

—Está bien, señora, seréis servida--dijo, é imprimió un beso sobre aquella frente que hacia él se inclinaba; quiso luego bajar de la frente á los labios, pero ella se retiró instantáneamente.

—¿Me lo prohíbes? ¡Pues no estamos casados!

—Aquí no--respondió la joven.

—Bien, sea. Vamos á pasear de incógnito en una lancha, ¿accedes?

—¡Oh, sí!--respondió Albina palmoteando; alegremente--Mamá no ha querido llevarme nunca.

—Será tu primera escapatoria de mujer casada. ¡Esto vale más que leer una mala novela, vamos!

Estos felices días, los primeros del matrimonio, ¡qué rápidos pasan! y sin embargo, ¡qué largos parecen!

Al cabo de una semana, Albina se sorprendió de ver cómo había pasado el tiempo mientras ella soñaba.

Lo avanzado de la estación le dispensaba de hacer visitas; por lo menos habían tenido la calculada satisfacción de dejar tarjetas en las casas de los ausentes, ó de los que fingían estarlo.

El momento de realizarse el matrimonio, al día siguiente de haber obtenido un primer premio, fué maquiavélicamente escogido por Armor. Había querido que asistiése mucha gente á la ceremonia, todo París artístico, de quien él se creía amigo, pero la perspectiva de tener que cumplir, acompañado de su mujer, con todas aquellas personas, maldita la gracia que le hacia. Su respeto hacia Albina no le permitía ya frecuentar buen número de casas en que había sido recibido cuando soltero; así que, á la entrada del invierno, le sería muy fácil dejar enfriarse las relaciones que consideraba inútiles ó perjudiciales.

Félix y Albina hablaron en un principio de ir á pasar algunas semanas en Auvernia, durante los grandes calores, antes de reunirse en Etrepat con sus padres, quienes les habían ofrecido hospitalidad en su quinta, si querían pasar allí con ellos la estación de moda; pero el tiempo había refrescado y esto proporcionó á Albina un pretexto excelente para no salir de París.

Sus padres no se hallaban bien sin ella. El señor Frédel había adelgazado notablemente; su mujer, más dueña de sí misma, fingía estar despreocupada; pero Albina que la conocía bien, adivinaba en ciertas arrugas repentinamente formadas en los extremos de la boca, el peso abrumador de un oculto pesar.

Permanecieron, pues, en París; Félix, en el fondo, estaba muy satisfecho, pues era de aquellos para quienes el

asfalto del Boulevard de los Italianos es moral y materialmente elástico, y nunca se elevaba más que cuando pisaba aquel betún, trabajaba con entusiasmo; su partitura avanzaba con rapidez. Seguro de tenerla concluida para la época prefijada, gozaba sin rebozo las delicias de su trabajo.

La presencia de Albina en su vida, añadía un nuevo fermento á su imaginación, pues no se podía dejar que se complacía en mostrar ante sus ojos todos los recursos de su talento. Ella lo admiraba tan candorosamente y con tal regocijo, que Félix hallaba mil ocasiones de proporcionarle un nuevo motivo de orgullo.

Por su parte, Albina descansaba tranquila en la plenitud de su dicha. Las advertencias agrídulces que nunca faltan á una novia, no habían hallado justificación alguna, porque no había marido más ordenado ni más exacto que Félix, ninguno hubiera sabido desplegar en sus relaciones matrimoniales más gracias ni más atenciones.

La adoraba, no como á sus antiguas queridas, sino con cierta religiosidad; así que, era para él objeto de admiración por sus delicadas observaciones, recto espíritu, exquisito tacto y esmerada educación; de esta suerte amaba hasta el diminuto ceño formado por las sedosas cejas de Albina, cuando dejaba escapar una expresión algo viva, y se reprochaba con toda sinceridad el no saber utilizar convenientemente tal susceptibilidad, que estaba muy lejos de tener por gazonería.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO CASTELLANOS"
Cada. 1623 MONTERREY, MEXICO

IV

Todo Etretat miraba la puesta del sol. Desde los pescadores, cubiertos con sus gorros de lana y agrupados ante el viejo barracón, donde interrogan al barómetro para saber qué tiempo hará el siguiente día, hasta los más elevados personajes de la colonia veraniega, sentados en la terraza del Casino, nadie había tenido valor ó pereza suficiente para permanecer encerrado en casa una tarde tan deliciosa.

El oleaje se quebraba contra los guijarros de la playa, pero con tal medida y gracia, que parecía no querer disgustar á las personas que pagaban con largueza su estancia en aquel punto, que si temiese que, de importunarlas, no volvieran al siguiente año.

El sol antes de trasponer el horizonte, despedía intermitentes reflejos escapados por entre nubes de vistosos colores. La escarpada costa, alumbrada por los fulgores rojizos de crepúsculo, semejaba una fantástica decoración, sin dejar por eso de mostrar gallardamente su grandeza real y positiva. En una palabra, aquella era una de esas tardes á pedir de boca, para que los parisienses se persuadieran de haber gozado á satisfacción, los encantos de la naturaleza.

La señora Frédel contemplaba el mar desde el balcón de un hotel próximo donde estaba de visita. Su esposo, después de un paseo de veinte minutos, se había ido á la sala de billar, donde se oía el choque de las bolas diestramente dirigidas.

Félix y Albina, sentados uno al lado del otro, gozaban el silencio del bello panorama que la tarde les ofrecía: Albina, con el sentimiento de ver á cada instante interponerse entre ella y los postreros rayos del sol la silueta de algún transeunte; Armor, con la beata satisfacción que producen un buen cigarro, una temperatura deliciosa y la ida de ser el héroe del momento.

Era en efecto la celebridad de aquella colonia, el que se presentaba discretamente en las reuniones, el que se sentía objeto de todas las miradas, fijas en él cuando pasaba.

En efecto, miraban mucho á este joven vencedor, tan hermoso con la boina blanca que había adoptado para sus paseos matutinos. Sus cabellos y su barba de oro, la viva expresión de su rostro y la negrura de sus ojos formaban un conjunto inolvidable. Ya se pasease con un amigo, ya se pasease en público por la tarde, elegantemente vestido, llevando á su linda esposa del brazo, estaba seguro de llamar la atención; y á la verdad que no era indiferente á este lisonjero estímulo de su amor propio.

—¿No tienes frío?—dijo á Albina con solicitud.

—No, gracias—respondió sonriendo;—estoy muy bien.

Félix levantó al cielo la mirada y comenzó á reflexionar. Desde por la mañana resonaba en sus oídos una frase escuchada al azar tras de unos árboles, cuando pasaba con su mujer por una sombría alameda.

—¡Qué linda pareja! ¡El Alba y el Día!

—¿Quién es el Día?—había preguntado una voz de hombre.

—Pues él; ¿no le encuentra usted bastante resplandeciente? Ella, en cambio, con sus pálidos cabellos semeja á la Aurora, dispuesta á abrir á Febo la puerta.... todas las puertas.

El eco de las demás palabras se había perdido en la espesura, mezclado con una risa algo forzada. Albina nada oyó, estaba su imaginación distraída. Aunque Félix miró entre el ramaje, no vio á nadie. El timbre de la voz y de la risa que-

quedó impreso en sus oídos: «¡Parecen el Día y el Alba!» Semejante frase cantaba de por sí en su cerebro, vagaba en torno suyo como una imperceptible guirnalda de delicadas florecillas.

—¡Haré una canción!—pensó, para darse un motivo de ceder á esta obsesión.

De repente, la misma voz resonó ante él, á pocos pasos de distancia, entre un grupo que acababa de detenerse, y Félix se levantó de improviso como para buscar la persona que había hablado, sin preocuparse de lo que semejante movimiento pudiera tener de particular.

Había dos mujeres: la una vulgar, con cuyo traje de indefinibles colores parecía la imagen perfecta de la banal neutralidad; la otra, alta, esbelta, vestida con elegancia; era morena, de cabellos naturalmente negros, pero con un riquísimo tinte á caoba, gracias á los procedimientos de la química; sus azules ojos despedían miradas investigadoras y casi malignas. Hablaba y reía mostrando unos dientes correctísimos. Félix la escuchaba como hipnotizado; era de aquella mujer la voz que le venía persiguiendo desde por la mañana. Y, sin embargo, nada tenía de particularmente dulce: el timbre era más bien metálico, aunque existía en el modo de pronunciar las palabras y en la especie de canto de sus inflexiones, un atractivo singular, quizás malsonoro, pero poderoso.

—¡Qué voz tan desagradable!—dijo Albina por lo bajo en el momento que su marido se volvía hacia ella.

Félix nada respondió, turbado como estaba, y avanzó dos pasos.

—¡Armor, Armor, venga usted!—exclamó una de las jóvenes que rodeaban á la recién venida;—la señora de Berrioz quiere que le sea usted presentado.

Félix acudió, saludó, y vio que le tendían una hermosa mano, enguantada, algo varonil, pero perfectamente modelada; esta mano estrechó con vigoroso ardor la suya.

—Ardía en deseos de conocer á usted, caballero—dijo

la señora de Berrioz;—bendita la casualidad que nos reúne.

Félix contestó con más vehemencia quizás de la conveniente, y de improviso:

—¿Canta usted, señora? le preguntó mirándola con profunda atención.

—¿Quién le ha dicho á usted eso?—exclamó sonriendo. Tenía la boca algo grande y su sonrisa era cruel.

—Lo he inferido del timbre de su voz.

—¡Yal tiene usted oído de músico. Pues bien, si canto, pero poco y sólo para mí.

Una protesta se elevó en derredor suyo, en la cual tomó parte Félix. Experimentaba, sin embargo, una vaga molestia sin saber por qué, acaso por tener á su mujer sola tan cerca. Cuando observó que Albina no le miraba, se tranquilizó, y después de cambiar algunas palabras más, volvió á reunirse con su mujer.

—¿Te has dejado presentar?—le dijo con cierto acento de fastidio.—¿Quién es esa mujer?

—Lo ignoro por completo—respondió con sinceridad,—canta, según parece, pero debe ser una aficionada, pues jamás he visto su nombre en parte alguna.... Después de todo, yo no sé lo que pasa en provincias.

El afectado desdén de esta frase tranquilizó á Albina, en cuyos labios se dibujaba una ligera sonrisa. Después de un breve silencio replicó:

—Esa mujer no parece tener un gusto perfecto. No me agrada.

—Ni á mí tampoco—dijo Félix, sonrojándose á impulsos de semejante mentira.

El cielo estaba á la sazón sombrío; las tornasoladas nubes habían tomado un color ceniciento y la atmósfera había refrescado, como acontece frecuentemente á esta hora.

—Tengo frío—dijo Albina—vámonos.

—Ve con tu madre—dijo Armor, no sin titubear;—tengo necesidad de ver á Desroches, que no ha venido aún, porque hoy come fuera. Pronto nos reuniremos.

Albina le miró con extrañeza. Desde que se casaron, era la primera vez que le proponía una cosa semejante; hasta entonces, más bien le había encontrado algo déspota en los cuidados que le tributaba. Una infinita tristeza le parecía que caía del cielo sobre su cabeza, una de esas tristezas injustificadas, pero invencibles, que sólo sienten los espíritus delicados y sensibles.

—Bueno—dijo—voy á buscar á mamá.

El tono de su voz era tan abrumador, que hizo estremecer á Félix.

—¿Estás mala?—le preguntó con interés.

—¿Yo? no por cierto—respondió sobreponiéndose á su dolor.

El titubeó. Si Albina le hubiese mirado ó dicho una sólo la palabra, no hubiera tenido valor para retirarse; pero ella misma calificaba de niñería la extraña sensación de que era presa, y con verdadera sinceridad le dirigió una sonrisa al partir.

—Espera—le dijo volviéndose hacia ella—te acompañaré hasta el lado de tu madre.

Pocos pasos les separaban de la puerta del hotel, en cuyo umbral Albina dijo á su marido:

—Ve con tus amigos, pero no vuelvas tarde.

Se lanzaron una tierna mirada al apretarse amorosamente la mano, como tenían por costumbre cuando se separaban en la calle.

—Di, Albina, ¿quieres que te acompañe hasta arriba? Poco tardaré en ello.

—No, no; prefiero que vuelvas más pronto. Adiós.

Albina desapareció por los pasillos y Félix volvió á la terraza.

La señora Frédel se había marchado hacia diez minutos en dirección á su hotel. Como su marido estaría en el billar hasta las diez, y su hija con Armor, se hallaba sola, y la necesidad de melancolía que asalta con frecuencia á las mujeres

cuando la juventud las abandona, la había impulsado á volver á su casa para saborear allí sus impresiones.

Albina se retiró al puato, rehusando la tasa de té que le ofrecían; se hallaba preocupada. Por vez primera en su vida iba á encontrarse sola, al oscurecer, en un camino agreste, donde podría entregarse cómodamente á sus reflexiones.

Sin decir nada á nadie atravesó el pueblo, pasando á espaldas del Casino. La música, que acababa de empezar, le pareció vulgar y grosera, como el olor que despedían las cocinas, como la gritería de los criados en aquella calle, por donde los bañistas pasan raras veces. Estaba deseosa de alejarse, y apretó el paso por no oír más aquellos desagradables ruidos.

Un poco más lejos, Albina encontró algunas familias de pescadores que volvían á sus viviendas. Las mujeres llevaban sus pequeñuelos á la espalda, mientras que los mayorcitos caminaban asidos á sus sayas; los hombres marchaban lentamente balanceándose por la costumbre contraída en los barcos. El corazón de Albina se encogió al pensar cuánto debían sufrir aquellas pobres mujeres cuando sus maridos se hicieran á la mar en noches de temporal.

Dió vuelta á la última casa, y quedó completamente sola. La noche caía rápidamente, dejando que las estrellas cubriesen el cielo con su pálido fulgor; el viento era templado y apacible. Comenzó á subir con lentitud el áspero camino que iba de la playa al chalet.

Según subía, sus ideas se aclaraban y los sentimientos de su alma adquirían mayor elevación; como en revuelto torbellino creyó ver las escorias de sus ideas caer en el fondo del valle de Eretat.

La humareda y los ruidos quedaban á sus pies, en tanto que el purísimo fulgor de las estrellas la invitaba á experimentar sentimientos de dulce consuelo.

Habiendo llegado, sin encontrar á nadie, al sendero

que se deslizaba entre las cercas de dos jardines, se volvió para mirar al horizonte.

Purísimo entonces, con un ligero tinte grana y oro, ofrecía á la vista inagotable profundidad, donde el alma podía abismarse y perderse. Ni una vela se descubría á lo lejos; nada humano latía en los senos de aquella naturaleza muda y elocuente á la par.

La mirada de Albina se posó un punto sobre la playa, donde las luces del casino, visto de lejos, formaban un núcleo rojizo y humeante; pero bien pronto la apartó para llevarla de nuevo á los abismos insondables del firmamento.

Parecía como que del fondo del cielo llegaba hasta ella una melancólica dulzura, y gruesas lágrimas empañaron sus pupilas.

¡Cuántas veces habiase deleitado, en compañía de su marido, contemplando estos esplendores vespertinos! ¡De dos meses á esta parte, durante esa hora en que soñolienta y perezosa declina la tarde, no se habían separado jamás; juntos iban siempre, apretados el uno contra el otro, silenciosos quizás, pero embelesados con su mutuo amor! ¿Por qué se hallaba sola aquella tarde, á la entrada de aquel camino, ya sombrío, y pronto enteramente negro?

Sin temores pueriles paseó una mirada por la desierta alameda; era animosa y estaba acostumbrada á no temer de la obscuridad. ¿Por qué entonces se sobrecogía al penetrar entre sombras? Cobró valor y continuó resuelta su camino por medio de las malezas del sendero.

A poca distancia se encontraba el chalet, y, sin embargo, las copas de los árboles vecinos formaban, al aproximarse, una bóveda que parecía hallarse prolongada indefinidamente; bajo este verde dosel, que conservaba el calor del día, ya extinto, despedía la tierra tibio ambiente, y por entre el apretado ramaje veíase el brillar nítido de las estrellas. Albina se calmó al contacto de aquel suavísimo ambiente, estaba tan cerca el chalet! Y dentro de una hora, ó dos á lo sumo, Félix volvería.

Detúvose á la puerta del jardín, algrándose de hallarse ya en su casa, y sirtiendo á la vez ver que desaparecía tan pronto el momento de libertad absoluta que tan dulce había imaginado y que, sin embargo, no le había proporcionado placer alguno. No pudo analizar las sensaciones de este paseo, vagas y melancólicas.... Empujó la puerta y entró en el salón donde la señora de Frédel estaba leyendo.

—¿Sola?—le dijo su madre con cierto asombro.

—Si, Félix tenía que ver á alguien.... Fui á buscarte, pero ya te habías ido.

Más bien que hablar parecía que deliraba; la señora Frédel tuvo miedo.

—¿No te ha ocurrido nada?

—¡No, mamá!

Albina hizo un esfuerzo para dominarse. Su linda risa resonó en el salón.

—¿Parezco acaso un espectro, que así me miras con ojos de espanto?—repuso abrazando á su madre.

—No, precisamente; pero es extraño que tu marido te haya dejado venir sola.... ¿Estáis enojados?

La voz de la señora Frédel temblaba; se había inclinado un poco hacia delante, como esperando ansiosa la respuesta.

—¡Oh, mamá! ¡que ocurrencia! ¿Y á propósito de que hubiéramos podido enojarnos?

Albina reía sin sesar, y la inquietud de su madre comenzó á calmarse. Después de todo, nada extraordinario tenía el hecho.

—Eso sucede....

—¿Qué, mamá?

—Que hay enojos entre los que se aman.... En fin, ya lo verás por ti misma.

Albina se sentó, apoyó el codo sobre la mesa, la cabeza en su mano, y mirando á su madre con cierta gravedad, le dijo:

—Mamá... perdona mi pregunta.... ¡soy tan ignorante! ¿Acaso te has enojado alguna vez con mi padre?

Un rubor pasajero invadió momentáneamente el semblante de la señora Frédel.

—Si y no. Jamás hemos tenido cuestiones propiamente dichas, sólo yo tenía el carácter un poco duro.

—¡Oh mamá, tú que eres tan dulce!

—Ahora, que en otro tiempo no. Pero tu padre tenía una manera de decirme: «Bueno, será lo que quieras,» que me dejaba helada. Yo comprendía que el me daba razón precisamente á causa de lo absurdo de mis ideas, porque lo prefería todo á disputar con una persona tan poco razonable.

—¿Entonces...?—dijo Albina sin apartar la mirada de su madre.

—Entonces aprendí á no tener ideas ridículas. Al principio quería explicaciones, y me hubiera peleado con mucho gusto, si el hubiese querido. Después, me ha avergonzado todo esto.... No, jamás hemos reñido, lo que se llama propiamente reñir.

Una expresión de apacible alegría y de tierno orgullo se dibujó en el semblante de la señora Frédel.

—¿Por qué, pues, has supuesto que Félix y yo hubiéramos podido reñir?—replicó Albina.

La madre dudó antes de responder.

—No es lo mismo: tú te pareces á tu padre; mas tu marido es otro hombre muy diferente.

—Es muy bueno; con dificultad habrá otro mejor—dijo la joven en tono de cierta autoridad.

—Es muy bueno, lo sé; pero tiene un carácter vivo y vehemente; hay que tener con él paciencia y dulzura á la vez que firmeza. Y, sobre todo, no llores en su presencia... Nada hay que fastidie á los hombres tanto como ver llorar á sus mujeres.

Albina sintió que el corazón se le oprimía. ¿Por qué hablaba su madre de estas cosas precisamente aquella tar-

de en que se hallaba tan nerviosa? La señora Frédel comprendió la expresión del rostro de su hija, súbitamente entristecido.

—Ven, hija mía—le dijo tendiéndole la mano.—Perdóname; quizás soy ave de mal agüero; ¡sé siempre dichosa, alma mía! Una mujer casada desde hace dos meses y medio no necesita en verdad de las chocheces de una vieja como yo.

Levantóse Albina, y fué á besar los húmedos ojos que amorosamente la contemplaban.

—¡Te amo demasiado!—le dijo su madre sonriendo;—y, cuando se ama demasiado, se teme. Mira, tu padre viene.

—¿No ha vuelto Félix?—preguntó el señor Frédel después de haber abrazado á ambas.

—No, papá. ¿No le has visto?

—Al contrario, le he visto ir acompañado por la alameda de los Tamariscos; me he figurado que quería pasar por el jardín de Desroches... Se habrá detenido á hablar con él... Buenas noches, niña; voy á acostarme, que ya son las diez.

Albina entró en su habitación, se desnudó, despidió á su doncella y apagó la lámpara; después, en vez de acostarse, se puso un peinador y fué á sentarse al balcón.

La luna brillaba desde el zenit, despidiendo diáfanos rayos de plateada luz; merced á su tranquilo fulgor, las sombras no eran muy oscuras. La fachada de la quinta, tapizada de rosas color té, parecía una mansión de hadas en un país encantado. Desde el sitio en que Albina estaba sentada, no se veía el Casino, oculto por un bosquecillo de árboles. El paisaje presentaba á estas horas un aspecto encantador.

Albina, con la cabeza inclinada sobre el pecho, meditaba. ¡Su vida había sido tan hermosa hasta entonces! Dichosa cuando joven, no menos que de niña, había dejado pasar su existencia, apacible y tranquila, sin sobresaltos ni zozobras. ¿Sucedería siempre lo mismo? La víspera hubie-

ra contestado afirmativamente; en aquel instante no se atrevía á tanto, y, sin embargo, nada había cambiado.

El eco de un piano dejóse sentir entre la arboleda, y Albina se estremeció, porque le parecía conocer la ejecución... ¿No era su marido quien tocaba? Sonrió á impulsos de esta idea. ¡Le amaba tanto, que creía verle y oírle por todas partes! Era el preludio de una de las melodías de Armor; terminada la introducción, dejóse oír un canto lleno de fogoso entusiasmo; una voz de mujer, más bella que simpática, más apasionada que suave, pero admirable, al servicio de un alma de artista.

Albina sintió una impresión desagradable, pero no pudo menos de hacer justicia al talento de la que cantaba, y la música de Armor era tan bella, tan expresiva, tan melodiosa!.....

El pensamiento de que su marido era el autor de aquella obra maestra la invadió por completo; su alma fué presa de un éxtasis de alegría y de amor tan vívido, que, apoyándose sobre el balcón, cubrió su rostro con las manos como para dirigir al cielo una plegaria. Sí, ella se sentía profundamente dichosa al considerarse unida á semejante artista por los estrechos vínculos de un recíproco amor.

Calló el piano. Sus últimos ecos fueron ahogados por una nutrida salva de entusiastas aplausos; luego todo quedó en silencio, y Albina, que había levantado la cabeza, continuó meditabunda.

Un porvenir lejano se extendía hasta ella, lejano como el horizonte, confuso por los vapores bañados de pálida luz, desprendida de los rayos de la luna. Aun encanecidos ambos por la edad, Félix continuaría siempre hermoso con la hermosura del sabio, siendo aclamado en los principales teatros por la entusiasmada muchedumbre; veía todo un pueblo alzarse ante este asombroso genio, aplaudiéndole con verdadero frenesí... Y ella, su mujer, orgullosa y res-

petada, llevaría sobre su envejecido rostro el reflejo de la gloria, lo mismo que en su corazón, siempre joven.

Los gruesos granos de arena crugieron bajo los pasos de alguien, y su nombre pronunciado en voz baja la hizo estremecer.

—¡Qué hermosa eres, Albina; no te muevas!

Félix la contemplaba desde el jardín, á pocos pasos de distancia. Ella se ruborizó cual si hubiese caído en falta.

—Estaba esperándote —dijo, también muy en voz baja.

El chalet dormía; sólo las rosas, cual grandes ojos abiertos, les miraban.

—¿No estabas triste? di, amor mío.

—No. Alguien ha cantado la *Adorada*, allá lejos, y he estado escuchando... Estaba contigo mientras te hallabas ausente.

Se había inclinado sobre la barandilla y le miraba con ojos llenos de inefable ternura. Félix arrancó una rama de rosas y se la tiró; las flores quedaron enganchadas entre los hierros del balcón; Albina las cogió y aspiró con deleite su perfume.

—¡No puedes figurarte cuán linda estás! —continuó Félix.—Pareces una aparición fantástica de rara belleza.

«De repente su sombrero vino á caer al lado de Albina como un sombrero pajarraco.

—¿Qué haces? —preguntó la joven.

—Tregar, para llegar hasta ti por el balcón, según conviene á los que se aman.

—Ten cuidado de no pincharte con los rosales —le dijo Albina algo inquieta por ésta resolución, pero muy satisfecha en el fondo.

Ligero y fuerte, Félix terminó su ascensión, y, sin preocuparse de las conveniencias, tomó á su mujer en los brazos.

—¡Ay, Félix, si nos vieran!

—¡Bah! ¿quién quieres que nos vea á estas horas?

Albina no pensó ya en preguntarle dónde había pasado el rato.

V.

Al día siguiente, en el almuerzo, Armor anunció su plan de hacer, en compañía de Albina, una excursión por la costa.

—Albina, prepara nuestras maletas; llevaremos los impermeables, y de este modo podremos ir hasta Holanda siguiendo el litoral; pero tranquilícese vd., mamá; —dijo volviéndose á la señora Frédel—no iremos tan lejos.

—¡Qué idea! —exclamó el padre; —apenas habéis llegado y ya vais á partir.

—Soy «un ave de paso» —repuso Armor citando una de sus canciones, —ya se irán ustedes acostumbrando. Pero volveré de buen grado.

Albina sonreía durante este diálogo, pues se hallaba muy lejos de sospechar la verdad. Tal vez hubiera estado menos alegre, sabiendo que su marido, la víspera, en casa de Desroches, había acompañado al piano á la hermosa señora Berrioz, quien había cantado la «Adorada», probándole, cuando menos, que sabía apreciar su talento de compositor. Como la señora Berrioz sólo permanecería allí cuatro, ó cinco días, se había tratado de organizar varias excursiones, en las que Félix debía tomar parte. Por de pronto, deslumbrado por la hermosa voz y acaso por los ojos de la cantante, no había hecho objeción alguna; pero mejor pensado, mientras franqueaba la distancia que mediaba